



El día después

El mensaje de texto era claro.

«Estate frente al hotel a las 12:00.

Pasaré con mi hija y mis nietas.

Te llevaremos a comer.

Después pasaremos la tarde juntos y esperamos no aburrirte.»

Sonreí.

Después de lo que había vivido el día anterior, el aburrimiento era lo último que temía.

Fueron puntuales.

Absolutamente puntuales.

Pero esta vez algo era diferente.

No había chófer.

Al chófer le habían dado el día libre.

Maggy iba al volante.

Confieso que dirigí una breve oración a Dios.

No por motivos espirituales.

Por motivos automovilísticos.

Esperaba que todo saliera bien.

Sin sorpresas.

Al menos no de esa clase de sorpresas.

Ella, sin embargo, parecía perfectamente a gusto.

Sostenía el volante con la misma seguridad con la que conducía una conversación.

O tomaba una decisión.

O presidía una reunión.

Algo me vino a la mente.

No todo el mundo envejece de la misma manera.

Algunas personas dejan de conducir.

Otras dejan de viajar.

Otras dejan de tomar decisiones.

Maggy no.

Ella simplemente había continuado.

Como si el tiempo mismo hubiera decidido apartarse por respeto.

Seguimos atravesando Londres.

Me habían reservado el asiento delantero.

El asiento normalmente asignado a un invitado.

Maggy conducía.

Su hija y sus nietas iban detrás.

Parecía una familia corriente.

Pero no lo era.

Al cabo de unos minutos me preguntaron qué me gustaría comer.

Si tenía alguna preferencia.

Respondí sin vacilar.

«Cocina inglesa, sin duda.»

Todas estallaron en carcajadas.

No de las corteses.

De las auténticas.

Espontáneas.

Maggy se volvió hacia su hija.

Tenía la expresión de quien acaba de demostrar una teoría.

«¿Entiendes ahora por qué te dije aquellas cosas?»

Su hija sonrió sin añadir una palabra.

Como si mi respuesta hubiera confirmado algo que ya habían hablado mucho antes.

No pedí una explicación.

A veces las preguntas llegan demasiado pronto.

Las respuestas, en cambio, necesitan su propio tiempo.

Me limité a observar a aquella extraña familia inglesa.

Y tuve la sensación de que, en algún lugar, mucho antes de que nos hubiéramos conocido, Maggy ya había decidido quién era yo.

Yo simplemente iba con retraso.

Llegamos a un restaurante.

No de esos lugares pertenecientes al gran lujo de la aristocracia inglesa.

Sin portero de librea.

Sin ostentación de estatus.

Sin sofisticación artificial.

En ese momento tuve la certeza de que íbamos a comer bien.

La cocina es como el arte de las cosas.

Las cosas más sencillas son casi siempre las mejores.

Y Maggy era exactamente así.

Podía vivir en un castillo y llamarlo villa.

Podía hablar como una reina y conducir como un taxista de Londres.

Podía llevarte a las ruinas de su propia historia sin perder la dignidad de una dama inglesa.

Pero cuando llegaba la hora de comer, elegía la sustancia.

No la representación.

Quizá esa era la razón por la que seguía escuchándola.

Tras el acero de sus espadas, no había encontrado una institución.

Había encontrado a una mujer.

Ferdinando Frega